

Influencia extranjera en la formación y el desarrollo del Ejército de Chile

Roberto Arancibia Clavel
Doctor en Historia (PUC)



Perspectivas

de Historia Militar



PERSPECTIVAS DE HISTORIA MILITAR es una publicación orientada a abordar temas vinculados a la historia militar a fin de contribuir a la formación de opinión en estas materias.

Los artículos están principalmente dirigidos a historiadores, académicos y público general que se interesen en la historia.

Estos artículos son elaborados por investigadores de la Academia de Historia Militar, pero sus páginas se encuentran abiertas a todos quienes quieran contribuir al pensamiento y debate de estos temas.

Transcribe artículo publicado en Anales del Instituto de Chile, vol. XXXVIII. Estudios, Chile país de encuentro, 2019, pp. 61–82.

INFLUENCIA EXTRANJERA EN LA
FORMACIÓN Y EL DESARROLLO DEL
EJÉRCITO DE CHILE

Por

Roberto Arancibia Clavel*

* Doctor en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile.
Magíster en Ciencias Políticas por la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Las opiniones contenidas en los artículos que se exponen en la presente publicación son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente el pensamiento de la Academia de Historia Militar.

Se autoriza la reproducción del presente artículo, mencionando la Perspectiva de Historia Militar y el autor.

La dirección de la revista se reserva el derecho de edición y adaptación de los artículos recibidos.

INFLUENCIA EXTRANJERA EN LA FORMACIÓN Y EL DESARROLLO DEL EJÉRCITO DE CHILE

ABSTRACT

El Ejército de Chile es el resultado de un largo devenir en el que la influencia extranjera siempre ha estado presente. En efecto, un estudio de esta variable permite darse cuenta de que su organización y doctrina tiene rasgos hispánicos, franceses, norteamericanos y posteriormente de otros países. Se trata entonces de un modelo militar dinámico que poco a poco fue integrando enseñanzas de otras culturas militares para llegar a una realidad única. Así el Ejército de la República de Chile nace de una fusión de la raigambre de sus aborígenes con las huestes españolas y luego con los integrantes del ejército permanente. Se reconoce además en su desarrollo la influencia trasandina en sus primeros pasos que luego es reemplazada con una creciente presencia de lo francés que lo acompaña hasta terminada la Guerra del Pacífico. La reflexión después de la guerra buscó un nuevo modelo y así se acogió lo prusiano de gran prestigio en las últimas décadas del siglo XIX. Mas adelante los cambios producidos por las dos guerras mundiales y el inicio de la Guerra Fría hicieron que la institución acogiera el modelo norteamericano que perduró hasta los inicios de la década de 1970. Finalmente, producto de la particular situación que vivió el país durante el gobierno militar se recibieron otras influencias hasta generar lo que es el Ejército de hoy.

Palabras Claves: Ejército-Influencia-Modelo

El Ejército de Chile es una de las instituciones permanentes de la República y una de las más antiguas del país, ya que nació con ella, y cuyo rastro primitivo se pierde incluso dos siglos antes de las formas republicanas. Su formación sufrió una serie de vicisitudes, propias de los primeros pasos de una organización. Las autoridades de gobierno de la época visualizaron con claridad que, si efectivamente se quería lograr la autonomía se requería de una fuerza militar para defenderla. Las dificultades estaban centradas en la falta de recursos y en la precaria preparación de las fuerzas. La solución que se buscó entonces fue aplicar la organización que venía de la Colonia y que ya tenía una larga tradición. Así, podemos afirmar que la primera influencia extranjera en el Ejército fue la española.

A diferencia de otras colonias en el continente, ya en 1603 se establece en Chile un ejército permanente y profesional, pagado por el Real Situado. La razón fundamental era la dura resistencia de los indígenas locales, que los españoles llamaban “araucanos”, para evitar la usurpación de sus territorios. La larga resistencia de más de trescientos años, que la historiografía tradicional llama “Guerra de Arauco”, generó una gran experiencia militar, no solo a los soldados españoles sino también a las organizaciones guerreras de los araucanos. Así, en este largo periodo, los peninsulares mejoraron su organización y sus tácticas para enfrentar a los locales, imitando algunas de sus prácticas. Estos últimos, a su vez, incorporaron nuevas técnicas copiadas de los europeos: aprendieron

a montar a caballo, llegando a ser diestros jinetes, mejoraron su técnica de fortificaciones y fueron capaces de utilizar el cañón y los mosquetes. Este largo proceso de transculturación fue el que dio origen, en una primera instancia, al soldado chileno.

La organización militar heredada de España estaba basada fundamentalmente en las Ordenanzas de Carlos III, establecidas en 1768, que tenían a su vez una gran influencia francesa, ya que provenían del período borbónico. En consecuencia, iba a ser sobre la base del ejército permanente que había en Chile, unido a un sistema de milicias largamente asentado, de donde nacerían las primeras unidades del ejército después de 1810.

No es de extrañar, entonces, que muchos de los oficiales que participaron en las luchas de la independencia, por la causa patriota, hubiesen formado parte alguna vez del ejército realista. Aquellos tiempos, especialmente en el periodo de la Patria Vieja, fueron de mucha confusión. Era frecuente que unidades completas cambiaran de bando entre realistas y patriotas. Por otra parte, un porcentaje importante de las unidades del Rey eran criollos y mestizos, y estos también conformaron, de manera más o menos voluntaria, los primeros cuerpos de tropa. En consecuencia, cuando hablamos de un proceso de fusión o de transculturación, nos referimos al agregado de elementos disímiles que se van sumando a esta organización, en una época en que nociones como “patria”, “república” o “gobierno representativo” eran muy poco conocidas.

En esos tiempos no existían escuelas militares, por lo que el aprendizaje castrense se hacía en los regimientos y en las milicias. A la edad de doce años los niños eran enviados a los cuarteles, a efectuar sus prácticas militares con el apelativo de “cadetes”.

El nuevo ejército chileno, mandado por Carrera y O’Higgins, siguiendo las ordenanzas españolas, obtuvo algunas victorias, pero fue finalmente derrotado en Rancagua y obligado a disolverse. Muchos de sus integrantes emigraron a Mendoza, para más tarde incorporarse al Ejército de los Andes, que se formó con contingentes rioplatenses y chilenos.

El periodo de la restauración monárquica fue duro para la causa patriota. No solo por las persecuciones que sufrieron los insurrectos, sino también por la rivalidad entre los líderes chilenos, quienes se culpaban mutuamente de la derrota. Así, entre 1814 y 1817 no hubo ejército como tal sino un grupo disperso de oficiales y soldados que se integraron al Ejército de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Muchos chilenos sirvieron entonces en diferentes unidades trasandinas y luego se integraron al ejército de Los Andes bajo el mando del general San Martín. En este periodo, los esfuerzos patriotas en lo militar se separaron; por un lado, José Miguel Carrera, apartado por San Martín, inició un proyecto propio que lo llevó a conseguir armas y pertrechos en Estados Unidos. De allí trajo buques para formar una escuadra, y un importante grupo de oficiales franceses de diferentes grados que habían combatido integrando las tropas de Napoleón en Europa. Estos oficiales se incorporaron posteriormente al Ejército de los Andes y, más tarde, al Ejército de Chile. Por su parte, O’Higgins, acogido por San Martín, se constituyó en el segundo al mando en la preparación del ejército que finalmente cruzó la cordillera y obtuvo la victoria de Chacabuco, que permitió a Chile recuperar lo perdido en Rancagua, amenazando gravemente la supremacía realista en esta parte de América.

Establecido el nuevo gobierno en Chile, fue prioritario para este organizar una fuerza militar que protegiera el país de la reacción realista. El país no estaba pacificado, había bastiones realistas, especialmente en Concepción, Valdivia y en Chiloé, y una fuerza indígena más allá del Biobío que

compartía lealtades con ambos bandos. De allí entonces que se conformó un ejército unido, al mando de San Martín, integrado por unidades mayoritariamente trasandinas, a las que se fueron sumando las unidades chilenas que paulatinamente se formaban. La escasez de oficiales preparados en Chile obligó a entregar el mando de unidades a oficiales argentinos. También se incorporaron a las filas especialmente los oficiales franceses que había traído Carrera desde los Estados Unidos. La influencia de argentinos y franceses reforzó entonces el nuevo ejército que, conformando el Ejército Unido, venció definitivamente a los realistas en los campos de Maipú.

El periodo que siguió a la liberación de Chile fue fructífero en cambios. La fundación de la Escuela Militar, en 1817, fue un hito importante, y la educación que entregaba a los futuros oficiales y cabos se basaba, como era de esperar, en las doctrinas militares francesa y española.

La nueva sociedad demandaba al ejército nuevas capacidades. Había que combatir a los bandoleros y, también, asumir la resistencia de focos realistas que se aliaban con los indígenas en el sur. Asimismo, la Araucanía seguía siendo una fuente permanente de conflicto. Estas situaciones exigían cada vez más una fuerza de mayor eficiencia y profesionalismo. Las dotaciones de personal, equipamiento, la instrucción y el entrenamiento dependerían del estado de las arcas públicas. El gran desafío fue organizar y financiar la Expedición Libertadora al Perú, compuesta por contingentes rioplatenses y chilenos, en la que lo francés y lo trasandino estuvo presente. Más adelante, la guerra contra la Confederación Perú-boliviana generó nuevas necesidades y un gran esfuerzo para preparar las fuerzas que concurren al Perú en dos expediciones sucesivas. En esta experiencia, el Ejército Restaurador del Perú, al mando de Manuel Bulnes, contó con el concurso de cerca de sesenta oficiales peruanos de diferentes grados, destacándose la actuación de los generales Ramón Castilla y Agustín Gamarra. Todas estas experiencias trajeron consigo una fuerte demanda de mejoras, ya que la guerra, como las sociedades, posee una dinámica propia y es igualmente impaciente. Lo que hizo el gobierno, entonces, fue enviar a un importante grupo de oficiales a estudiar a los mejores institutos militares de Francia y contrató, de paso, oficiales franceses para enseñar en Chile. Asimismo, se ordenó la adquisición de armamento en las fábricas francesas y la adopción y asimilación de reglamentos franceses a las necesidades nacionales. Por lo mismo, la enseñanza del francés se convirtió además en asignatura obligatoria en la Escuela Militar. Una revisión de las bibliotecas de los cuerpos militares, publicada en las Memorias de Guerra durante el siglo XIX, permite darse cuenta de que prácticamente un setenta por ciento de los textos que existían en ellas eran en francés. Incluso el reglamento que regulaba las actividades y enseñanza de la Escuela Militar era muy similar al de su homónima en Francia, la Escuela de Saint Cyr.

El más importante desafío que debió enfrentar el Ejército de Chile durante la segunda mitad del siglo XIX fue la Guerra del Pacífico. Algunos oficiales, los más inquietos intelectualmente, seguían los sucesos en Europa. Observaban así los avatares de la guerra franco-prusiana, por lo que decidieron fundar un diario al que llamaron *Faro Militar*, que serviría para aunar y canalizar información y experiencias hacia el resto de la oficialidad y la tropa. Se puede afirmar, entonces, que la guerra se enfrentó con las experiencias propias de la guerra de Arauco, de la Confederación Perú Boliviana y de las enseñanzas francesas.

Chile no estaba preparado para la guerra; la región vivía una fuerte crisis económica y las fuerzas del ejército estaban concentradas en la Araucanía. El esfuerzo que hubo que hacer fue muy grande y se tradujo especialmente en la compra de armamentos y equipo, y en la movilización de un Ejército Expedicionario del Norte. La guerra duró cinco años y fue victoriosa para Chile. El conflicto dejó muchas enseñanzas y, pese a la victoria, quienes en ella combatieron se dieron cuenta de cuánto

les faltaba para ser realmente profesionales de las armas. Se inició así un proceso de reflexión profunda, posible de percibir a través de las publicaciones militares de la época, que fueron numerosas. Entre ellas, la *Revista del Círculo Militar*, *El Ensayo Militar*, *La Semana Militar* y la *Revista Militar*. Estas tenían canje con las publicaciones de países de América y de Europa especialmente. Su lectura permite darse cuenta de que sirvieron como un instrumento de crítica veraz y descarnada, mostrando sin reservas las grandes deficiencias observadas durante la guerra. Estas se centraban especialmente en la falta de conocimientos técnicos para operar el armamento, la necesidad de contar con un servicio militar obligatorio, la falta de organización de los servicios logísticos especialmente el de Sanidad, la necesidad urgente de un Servicio de Estado Mayor Permanente que pudiese coordinar eficientemente el esfuerzo de la guerra, entre otras. Se hacía imprescindible, entonces, resolver los problemas detectados, especialmente debido a la nueva estatura estratégica que había alcanzado el país.

El modelo militar más popular al término de la Guerra del Pacífico era el prusiano; este había alcanzado gran prestigio, especialmente al término de la guerra franco-prusiana. Había que elegir entre seguir con lo francés o buscar otro modelo. Se optó finalmente por el más popular, como lo hicieran otros países como Japón, Turquía, China, y en algunos aspectos hasta el mismo Estados Unidos. La adopción del modelo prusiano fue bastante gradual en un principio y se inició con la contratación de profesores para la Escuela Militar y para la recién creada Academia de Guerra, lo que significó la implementación de nuevos planes de estudio y de asignaturas prácticas. El proceso se vio ligeramente interrumpido por la Guerra Civil de 1891, en la que se produjo la paradoja de que el ejército profesional de Chile, que apoyaba al presidente José Manuel Balmaceda, fuera derrotado por un ejército movilizadado que fue comandado por el general Estanislao del Canto, cuyo Jefe de Estado Mayor fue el coronel Emilio Körner, oficial alemán contratado por el gobierno en 1885. El hecho de que el bando del Congreso obtuviera el triunfo durante la revolución, abrió las puertas para que el proceso de profesionalización del ejército tomara un gran impulso. Körner asumió el mando del Ejército de Chile y recibió un amplio apoyo del gobierno para hacer funcionar el proceso. Este se materializó con un activo contacto con Alemania, traducido en la llegada de un numeroso grupo de oficiales instructores alemanes y profesores que, durante un largo periodo, enseñaron en las unidades y escuelas. Asimismo, Chile envió un importante número de oficiales a especializarse a Europa, siendo la gran mayoría enviados a los principales centros de enseñanza militar en Alemania. Junto a lo anterior, se efectuaron importantes adquisiciones de armamento en dicho país, como consecuencia del proceso de prusianización, por la calidad superior de éste y, sobre todo, por la grave situación que se vivía con Argentina a fines del siglo XIX.

La reorganización propuesta por Körner fue avanzando poco a poco: se creó el Estado Mayor permanente, siguiendo el modelo prusiano; se estableció también el Servicio Militar Obligatorio, reconocida aspiración, tan insistida al término de la Guerra del Pacífico. En el plano de la educación militar, aparte de los cambios en los programas de estudio de la Academia de Guerra y de la Escuela Militar, se inició la creación de escuelas para formación militar específica. Así nacieron, en forma sucesiva, la Escuela de Clases, para formar separadamente a los suboficiales, y las escuelas de las Armas. La de caballería, infantería, artillería y, más tarde, la de ingenieros y telecomunicaciones. Todo lo anterior fue acompañado con una acelerada implementación de una nueva reglamentación, basada en los manuales alemanes. En lo formal, se adoptó el uniforme prusiano y el característico casco con punta y/o penacho que hasta hoy se usa en las paradas y desfiles. Las formas militares también cambiaron y se hicieron bastante más rígidas, las que también hasta hoy se observan. Como ejemplo, el paso de parada o paso regular, con la pierna que se levanta a cuarenta y cinco grados;

junto a ello, las enérgicas posiciones de firmes, a discreción y media vuelta con golpe de talón. La música militar también cambió, las bandas empezaron a tocar las marchas e himnos alemanes, estos últimos traducidos al español.

La suma de todas estas innovaciones se concentró en la llamada “Reforma Militar” de 1906. En lo específico, se centró en la organización y en la administración, ya que en educación ya se había avanzado, creando institutos y reformando los planes de estudios. Se creó entonces un plan de reorganización de los servicios superiores del Ejército, el que dispuso el reemplazo de las antiguas zonas militares, basadas en un concepto administrativo, por las divisiones, que correspondían a uno operativo, las que en un número de cuatro abarcaban todo el país. El mando superior lo ejercía el ministro de Guerra, del que dependía el Estado Mayor General del Ejército, la Dirección de Material de Guerra, la Inspectoría General del Ejército y las cuatro divisiones creadas. El sistema ideado consideraba que la estructura de paz del ejército consistía en un verdadero esqueleto, el que se completaría en caso de guerra con los reservistas movilizados. El Servicio Militar Obligatorio, en funcionamiento desde 1901, cumplía precisamente esta labor. Durante la paz se instruían y entrenaban los cuadros que, durante las épocas de crisis, serían llamados a completar este esqueleto que venía a ser lo permanente.

Si bien la reforma creó nuevas unidades y reparticiones, ella no se acompañó del necesario aumento en las dotaciones de oficiales y cuadro permanente, lo que generó severas críticas desde las filas. Esta misma condición de divergencia entre lo que se propone y la fuerza para materializarlo, también marcará al Ejército a lo largo de todo el siglo XX.

Pese a todo, el prestigio del Ejército de Chile creció mucho en la época, ya fuera por los ecos de las victorias alcanzadas en la guerra, como por la buena opinión que expresaban de la fuerza militar chilena los principales diarios de Europa. Varios países de Centroamérica y de Sudamérica vieron en Chile un modelo militar a seguir. Para qué complicarse con el idioma alemán si se podía recurrir, más cerca, a un país guerrero que había aplicado con éxito las reformas necesarias para profesionalizar el ejército. Así, países como Nicaragua, Honduras, Guatemala y El Salvador buscaron contratar misiones militares para profesionalizar sus ejércitos. Lo mismo hicieron Colombia y Ecuador; en el caso de estos últimos, se agregaban razones estratégicas fáciles de advertir.

Una crisis con Perú y Bolivia, en 1920, que pasó a la historia nacional como la “Guerra de Don Ladislao”, puso a prueba la reforma militar de influencia germana. Los resultados no fueron muy halagüeños, puesto que una serie de desventuras y descoordinaciones dieron al traste con numerosos supuestos de orden y sincronización. Pese a todo, fue posible movilizar cerca de doce mil hombres al norte y concentrarlos en Tacna. En síntesis, la buena noticia fue que el esqueleto sí que servía a la idea de completación; la mala, que resultaba casi imposible completarlo en la práctica.

La influencia alemana siguió siendo fuerte. Sus aportes no solo incluían a profesores u oficiales instructores, también incluyeron a nuevos colonos e inmigrantes. Todo esto se tradujo en una especial simpatía por todo lo alemán, lo que se hizo evidente en la neutralidad diplomática del país durante la Primera Guerra Mundial.

Los cambios en la educación militar permanecieron y nuevamente las bibliotecas militares son testimonio de la gran cantidad de obras en alemán y algunas traducidas que completan grandes anaqueles. No solo eso, sino que prácticamente todos los manuales y reglamentos de instrucción de las diferentes armas y servicios eran copias de los alemanes.

Esta situación se mantuvo hasta mediados de la Segunda Guerra Mundial, cuando el país rompió relaciones con Alemania. La situación durante la guerra, la posguerra y el inicio de la guerra fría hizo que Chile tomara una definida posición internacional. Esta particular realidad hizo que el Ejército empezara a recibir una nueva influencia extranjera que lo haría cambiar en muchas de sus prácticas. Durante la guerra, Estados Unidos se comprometió a defender a Chile hasta el último rincón si era atacado por Alemania, o si sus partidarios intentaban derrocar el gobierno. Este último dio autorización al país del norte a proteger ciertas zonas de riesgo, como Antofagasta, la Isla de Pascua y Punta Arenas.

Fue justamente en 1943 cuando el Ejército recibió un importante aporte de material bélico: una veintena de tanque livianos M3A1, otros tantos carros de reconocimiento, de transporte de personal, cañones antiaéreos y antitanques, ametralladoras, obuses de artillería y morteros.

Durante el mismo periodo, cerca de una centena de oficiales y suboficiales viajaron a los Estados Unidos, en número que contrastaba con la mínima cantidad que había viajado antes que Chile declarara la guerra a Alemania. Los integrantes de la institución que viajaron ahora, se desempeñaron como observadores de maniobras con material blindado y como alumnos de cursos de motores y de conducción de unidades motorizadas y blindadas. Esta especialización era muy importante para el ejército chileno, que estaba en un lento proceso de motorización iniciado en la década anterior. También, los oficiales recibieron cursos de detección y ubicación de radios, cirugía de guerra y tribunales militares entre otros.

Fue así como, tras la guerra, Chile fue incluido por Estados Unidos en la larga lista de naciones con las que mantenía un tipo de asesoría permanente y un aporte concreto en tecnología, instrucción y armamento. Se iniciaba así una etapa caracterizada por visitas de los alumnos de la Academia de Guerra a las instalaciones militares norteamericanas en la Zona del Canal de Panamá y el envío de oficiales a realizar cursos a los diferentes fuertes norteamericanos, ya sea a la Escuela de Estado Mayor como también donde se dictaban los de las diferentes armas.

En 1952 Chile firmó con Estados Unidos un Pacto de Ayuda Militar, lo que significó un aumento en el número de oficiales y suboficiales enviados a cursos, los que eran becados y se realizaban normalmente en la zona norteamericana del Canal de Panamá. Los cursos, en su mayoría, eran cortos —entre un mes y tres meses—. Había otros más largos, que se realizaban en los Estados Unidos y que normalmente duraban un año. Se estima que más de dos mil alumnos pasaron por diferentes cursos entre 1941 y 1973. Los cortos alcanzaron cerca del ochenta por ciento y los largos la diferencia. Todas las materias enseñadas en estos cursos se referían en general a temas técnicos relacionados con armamentos, motores, empleo de las armas de combate, táctica y técnica de blindados, artillería, ingenieros, comandos, telecomunicaciones, entre otros.

Además de los cursos, Chile adquirió y recibió material de guerra norteamericano, especialmente el remanente del stock de la Segunda Guerra Mundial inicial y posteriormente de la guerra de Corea. La forma común que utilizaba Estados Unidos para influir militarmente en los países latinoamericanos era la Asistencia Militar, mediante la entrega de armamento y equipos militares, el entrenamiento, la instalación de bases, las ventas y créditos militares, y las relaciones militares bilaterales. Se recibió y compró una gran cantidad de armas, como tanques, cañones de artillería, antiblindajes, equipos de telecomunicaciones, morteros, fusiles y ametralladoras, con las cuales se organizaron batallones motorizados reforzados, unidades blindadas y unidades de mantenimiento. Sin embargo, el uso de las armas donadas tenía ciertas limitaciones que consideraban los respectivos

contratos. La entrega de armas, repuestos y apoyo de mantenimiento terminó abruptamente en 1976, debido a la Enmienda Kennedy, promovida por el senador norteamericano del Partido Demócrata, Edward Kennedy, quien sostuvo la tesis de que Chile no debería tener acceso al material de guerra fabricado en Estados Unidos debido a su conducta política con relación a los derechos humanos.

Así fue, entonces, que en un lapso de cerca de treinta y cinco años la relación militar con Estados Unidos fue intensa y generó diversos efectos en el quehacer del Ejército de Chile. Este incidente que, en virtud de todo lo vivido entre los dos países tras el término de la Segunda Guerra Mundial, fue quizás paradójal, generó diversos efectos en el quehacer del Ejército. El cese de las transferencias de todo tipo desde Estados Unidos obligó a la Institución a adaptar y modificar no pocos procesos para adecuarse a los adelantos de la técnica militar, a los cuales hasta entonces se había accedido.

La influencia norteamericana se fue produciendo en forma progresiva y sostenida, lo que obligó al ejército a ir adaptando y modificando algunos procesos para adecuarse a los adelantos de la técnica militar a las cuales se accedía. Los militares chilenos que concurren a cursos en los establecimientos americanos generaron muchos cambios a su regreso al país, ya que se acostumbraron a mirar la realidad militar de una manera distinta y esencialmente práctica. La llegada de una cantidad importante de armamento y equipo, obligó a su vez a modificar una serie de procedimientos que eran utilizados hasta antes de su arribo, como sistemas de instrucción, entrenamiento, vestuario, equipos logísticos entre otros.

Así, la influencia trajo consigo tanto lo material como lo conductual. No suele ir una sin la otra. El material cambia la manera de hacer las cosas. Y la manera de hacer las cosas modifica o altera la doctrina. Y no es raro tampoco que estos cambios afecten la valoración que se hace de las cosas y los fenómenos del mundo. Dicho de otro modo, el material no es conductual ni valóricamente neutro.

La instrucción y entrenamiento cambió significativamente debido a los nuevos conocimientos adquiridos, a la literatura militar a la que se tenía acceso y, también, a la presencia de instructores norteamericanos en Chile. Se aplicó una nueva metodología de la instrucción militar, en la que se disminuyeron bastante los contenidos teóricos y aumentaron en forma importante los periodos prácticos junto con los niveles de exigencia. Una de las diferencias con el sistema anterior fue que el nuevo consideraba en un papel bastante más relevante a los suboficiales. El tradicional concentraba casi todas las tareas en el oficial y los suboficiales solo actuaban como auxiliares. El nuevo sistema daba mucha más responsabilidad a estos últimos, lo que significó un mayor desafío para ellos y también una mayor motivación. Se dio especial énfasis a la preparación física y todos los movimientos dentro de los cuarteles o campamentos se hacían a paso vivo o al trote. También cambió el vestuario y se empezó a usar en forma casi permanente la tenuta de combate.

En lo referido a organización, se crearon nuevas unidades motorizadas, blindadas, aerotransportadas, de paracaidistas y de comandos. Estos cambios orgánicos, sumados a la nueva modalidad de instrucción y a las experiencias de la guerra moderna, importaron también severos cambios en los programas de estudio y en las mallas curriculares. Si la influencia francesa y prusiana sumó volúmenes a la cantidad de textos con que contaban las bibliotecas militares, la norteamericana literalmente las inundó con manuales y reglamentos, tanto en inglés como en español. Y, en efecto, del español se pasó al francés, de este al alemán, y de este finalmente al inglés.

A esta modalidad de influencia extranjera sobre el Ejército, que podríamos denominar “directa”, cabe agregar una segunda a la que podemos llamar “indirecta”. Esta última se da en el caso de oficiales y suboficiales que cumplen misiones en el extranjero, ya como agregados militares adjuntos a las sedes diplomáticas de Chile, en misiones militares de asesoría a gobiernos amigos, en comisiones de compras de armamento en el extranjero, en la realización de cursos de entrenamiento en escuelas y unidades de países con los que existen convenios o acuerdos, como observadores de conflictos internacionales, en la participación en reuniones y conferencias internacionales, en estudios de posgrado, como miembros de organismos internacionales y como profesores invitados. El cúmulo de experiencias genera una corriente permanente de ideas que van y vienen, nutriendo los contenidos, moderando las visiones y ensanchando el panorama siempre cambiante del presente.

Es interesante recordar, por ejemplo, la participación de observadores militares chilenos en una gran cantidad de conflictos, como la guerra Ruso Japonesa (1904-1905), la Primera y Segunda Guerra Mundial, las guerras entre India y Pakistán, las del Medio Oriente, la de los Balcanes, la del Perú con Ecuador, la de Honduras y el Salvador, y la Guerra del Golfo, entre otras. Sus informes y experiencias fueron remitidos al Estado Mayor, el que procesaba la información y sacaba conclusiones para avanzar en un proceso de mejora continua.

Respecto de los cursos en el exterior y a la contratación de instructores militares extranjeros en Chile, es necesario precisar que el hecho de que haya habido una marcada influencia de ciertos países en el devenir histórico de la institución no significa que no se hayan explorado simultáneamente otras vertientes de experiencia. Al respecto, se destaca la formación de especialistas en montaña, tanto en España como en Italia.

El término abrupto de la asistencia norteamericana y de parte de otras potencias europeas en la época del gobierno militar generó una situación de vulnerabilidad en las fuerzas armadas, y las obligó a buscar opciones de abastecimiento en armas y equipo, además de educación y entrenamiento en otros lugares, habida cuenta de las crisis vecinales de 1974 y 1978 con Perú y Argentina respectivamente.

Así fue como se adquirieron vehículos blindados en Brasil, los que llegaron al país acompañados de instructores, manuales y doctrina. La relación con los brasileros —una influencia breve pero importante— fue fluida y muy profesional. Si bien la calidad del material fabricado en ese país no era de primera línea, sí alcanzó a compensar la abrumadora diferencia de potenciales que llegó a darse con los países vecinos, en una confirmación de este sello militar chileno del siglo XX. Muchos oficiales y suboficiales concurren a las escuelas de formación brasileras, que tenían un alto estándar y avanzados procesos de enseñanza-aprendizaje.

Sudáfrica fue otra opción en la compra de armamentos y asistencia militar; el nivel de la industria sudafricana era de excelencia y las relaciones con sus técnicos fluida, aunque existía la barrera del idioma. Oficiales chilenos concurren a estudiar a las academias de dicho país, lo que significó una gran experiencia para ellos, ya que en esos años Sudáfrica estaba en guerra con Angola. Esto significó conocer más acerca de un continente desconocido a la fecha y aprender nuevos procedimientos de planificación y entrenamiento. Parte de estas experiencias fue aplicada en los procesos de modificación posteriores en los sistemas nacionales.

La influencia de Israel fue igualmente destacable, especialmente para la adquisición de los sistemas de armas que se requerían con urgencia, junto a las posibilidades de abastecimiento

especializado. Dicho país tenía una experiencia de combate invaluable, a raíz de las sucesivas guerras enfrentando a los árabes en territorios similares a nuestra geografía nortina. Entre el material adquirido se destacaban los sistemas de lanzadores de cohetes fabricados en dicho país. También se adquirieron tanques repotenciados, que utilizaban los chasis de los antiguos tanques de la Segunda Guerra Mundial a los que se les instalaron cañones más modernos y de mejor calibre, y motores diésel, lo que mejoraba mucho sus capacidades. Grupos importantes de oficiales y clases viajaron al Medio Oriente a recibir instrucción y entrenamiento. También, como en el caso prusiano o el brasilero, concurren a Chile grupos de oficiales y clases retirados y veteranos de la guerra en el desierto y en las Alturas del Golán, los cuales permanecieron un buen tiempo en Chile. Fue un gran aporte profesional especialmente en el área de las operaciones con el arma blindada.

La influencia israelita representó, en virtud del tiempo que duró —breve si se lo compara con la española, la francesa o la norteamericana—, un cambio revolucionario. A la formalidad prusiana la reemplazó el extremo de la simplicidad israelita. No se produjo un quiebre institucional, pero es indudable que la oficialidad más joven se comprometió con la espontaneidad de lo práctico y el rechazo de lo formal y lo rutinario.

El terreno marcaba la pauta. La situación de combate no tenía principio ni fin: siempre se estaba bajo situación. Por lo tanto, se practicaban permanentemente el mimetismo y el combate nocturno, la mejor manera de evitar la superioridad aérea del supuesto enemigo. Asimismo, ejercicios de simulación para la carga de combustible y munición bajo situación.

Los cursos mantenían un estricto sistema de evaluación. En el caso de los tanques, las tripulaciones se evaluaban en una primera instancia según su especialidad: conductores, artilleros, comandantes de tanque; solo entonces, una vez superada esta etapa, se evaluaba la tripulación como un todo.

Fue por entonces también cuando se incorporaron los primeros simuladores de combate, los que, convenientemente montados en los vehículos, permitían, ahorrando munición, efectuar ejercicios de doble acción, enfrentando unidades entre sí. Uno de los grandes desafíos de la guerra moderna lo constituía la prontitud del abastecimiento y del mantenimiento, especialmente en las unidades motorizadas y blindadas. En el nuevo esquema, no se consideraba grandes instalaciones a retaguardia. El apoyo debía efectuarse en movimiento, lo que incluía no solo el combustible, sino también las reparaciones o el reemplazo de partes y piezas. Algo similar ocurría con el aspecto sanitario, el de la alimentación, o el de apoyo espiritual. Todos ellos debían concurrir al frente, y no al revés. Qué duda cabe de que los cánones prusianos iban quedando atrás, de manera sostenida, en la tradición.

En la década de 1990 el Ejército inició un sostenido programa de modernización, un gran esfuerzo consistente en racionalizar su organización y avanzar en la profesionalización de sus hombres. Las tareas del gobierno militar regresaron al control de la sociedad civil y el Ejército pudo dedicarse a su labor esencial.

Junto a lo anterior, se internacionalizó. La participación en operaciones de paz, a las que concurrían unidades completas, o en ejercicios conjuntos con otros países, obligaron a estandarizar procedimientos y modos de acción. Se incorporaron normas OTAN para facilitar los requerimientos logísticos y mantener un idioma común en la planificación entre fuerzas de orígenes distintos. En este aspecto, la experiencia de oficiales y suboficiales sirviendo en unidades internacionales sigue siendo fuente de aprendizaje permanente.

Recién asomando el siglo XXI, el Ejército siguió adquiriendo material cada vez más sofisticado. De la era de las armas se pasó a la de los sistemas, y de estos a la de la capacidad militar. La revolución militar del siglo XXI era un hecho.

El retorno de la democracia también trajo apertura para el Ejército. Se restablecieron o intensificaron relaciones militares con Alemania, el Reino Unido, Holanda, Francia, España, Israel, China y los Estados Unidos. En el concierto sudamericano, se pasó de la amenaza y las crisis a la colaboración, especialmente con Argentina y Perú. Las medidas de confianza mutua fueron y son instancias de cercanía y de mantención de la estabilidad regional.

La influencia extranjera en la creación y desarrollo del ejército chileno ha sido bastante nutrida, siendo resultado de ellas una fusión de modelos, estilos o doctrinas que han dado origen al ejército actual, en el que se puede percibir los efectos que ellas produjeron. Un análisis de lo sucedido por más de doscientos años presenta la inquietud de saber cuán efectivas fueron estas, cuáles fueron las que impactaron más, cuáles las más reconocibles y si fueron positivas o negativas en el largo plazo.

Partiendo desde los orígenes, el Ejército de Chile, hizo suya, al igual que el país entero, la tradición guerrera de los mapuches. Durante más de trescientos años se fue repitiendo incansablemente la bravura de Lautaro, Michimalonco, Caupolicán y Pelantaru, entre otros. Alonso de Ercilla y los cronistas ayudaron mucho a que sus hazañas se perpetuaran, generando un fuerte mito que se palpa hasta hoy. A la estirpe guerrera de los aborígenes, que tanto costó doblegar, se sumó la audacia, el espíritu de aventura, la sumisión al rey y el respeto a Dios de los españoles. La transculturación que se produjo también fue en lo militar, desde donde nació el soldado de una nueva entidad política que se llamó “Chile”. El sentido de pertenencia y de servicio al nuevo ideal que se fue forjando, pasó lógicamente al inicio por muchas indecisiones: no había claridad de lo que se quería, con alternativas desde una república a una monarquía. Cualquiera fuera el caso, lo que sí estaba claro era que se requería una fuerza militar que protegiera la ansiada autonomía lograda. En lo inmediato, para formar la fuerza militar no había otro referente que el que se había ido formando durante los largos años de la Colonia. De allí entonces que el sistema español se adecuó a las nuevas circunstancias. Muchos oficiales que sirvieron fielmente a la Corona se plegaron con entusiasmo a la nueva realidad, por la que lucharon con el mismo ardor con que lo habían hecho por el Rey. Puede decirse, entonces, que la impronta española es fundacional y los rasgos de ella se mantienen. Quizás lo más evidente es la disciplina heredada.

Este pilar fundamental de todo ejército se mantiene hasta hoy. Salvo escasas situaciones, la disciplina ha sido siempre un valor fundamental para mantener al ejército particularmente respetuoso de las jerarquías propias de una organización castrense. Si se observa el reglamento de disciplina que regula el sistema militar, es fácil descubrir que sus normas son las mismas consideradas en las ordenanzas españolas de la época de la reforma militar de Carlos III. Entre sus aspectos más relevantes se cuentan algunos artículos que cualquier militar acostumbra a recitar de memoria. Entre ellos, el que señala que todo militar se manifestará siempre conforme del sueldo que goza y con el puesto que ocupa. Otro que señala que todo inferior que hablase mal de su superior será castigado severamente; si tuviera queja de él, la hará saber a quién la puede remediar y, por ningún motivo, dará mal ejemplo con sus murmuraciones. A esto se agrega el que sostiene que los oficiales deben tener siempre presente, que el único medio para hacerse acreedores al concepto y estimación de sus jefes es cumplir exactamente con las obligaciones de su grado, acreditar mucho amor al servicio, honrada ambición y el constante deseo de ser empleado en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga, para dar a

conocer su valor, talentos y constancia. Finalmente, el que afirma que el oficial que tuviere orden absoluta de conservar su puesto a todo coste, lo hará.

Estos preceptos aquí recordados son de plena actualidad y todos los militares se comprometen públicamente en respetarlos en la Ceremonia de la Juramento a la Bandera. Juran por Dios y la bandera servir fielmente a la patria, ya sea en tierra, en el mar o en cualquier lugar, hasta rendir la vida si fuera necesario, cumplir con las leyes y reglamentos vigentes, y obedecer con prontitud y puntualidad las órdenes superiores. Qué prueba más evidente de que la Ordenanza sigue vigente. Muchos españoles en los tiempos de la Independencia dejaron testimonios de entrega y honor, resistiendo hasta el final para defender los dominios de su rey.

La influencia argentina fue importante y no dejó de generar rivalidades entre las nacientes repúblicas. Pudo haber sido mayor si no hubiera sido por la anarquía que complicaba a las Provincias Unidas y cesó junto a la Expedición Libertadora al Perú. Se considera que se pudo organizar el nuevo ejército gracias al tesón y preparación del general José de San Martín, que era un oficial preparado en España junto a varios de sus subalternos. Es posible, entonces, homologar la influencia argentina a la española, ya que prácticamente era la misma, con ciertos matices.

Lo francés, a su vez, impactó mucho durante el siglo XIX; los oficiales que llegaron venían ansiosos de demostrar su valía. No en vano habían pertenecido al ejército napoleónico, participando en notables campañas en Europa y en otras partes del mundo. Venían con el espíritu del soldado ciudadano; la nación en armas que trataron de inculcar en la naciente república. Los éxitos de los franceses se debieron fundamentalmente a una rígida disciplina, la permanencia de los oficiales junto a la tropa, un severo entrenamiento y un cambio en la forma de hacer la guerra en el terreno, apostando por la rapidez de las evoluciones, la artillería hipomóvil y una ágil caballería. Durante la Independencia, predicaron con el ejemplo en los combates y fueron muy útiles para cooperar en la planificación, en los trabajos de fortificación y en las técnicas de combate. No puede decirse que su influencia haya sido mayor, pero sí que tenían una mirada más profesional de la guerra, de la que carecían los bisoños oficiales chilenos. La reglamentación que se usaba en esos años provenía en su mayoría de Francia y era necesario asimilarla a la realidad nacional.

En los años siguientes la influencia francesa fue mayor, debido a la llegada de instructores invitados más especializados, los que fueron formando las nuevas generaciones de oficiales y suboficiales. El nuevo armamento, la reglamentación moderna y el regreso de más de una veintena de oficiales de sus estudios en establecimientos militares, empezó a dar frutos y fue dando más forma al Ejército. Sin embargo, atentaron contra el progreso las crisis políticas de 1851 y 1859, como también la precariedad de los presupuestos que afectaban los sueldos y el equipamiento. A ello se agregaban las dificultades en la frontera, que evitaban realizar un entrenamiento de conjunto y obligaba a dispersar las fuerzas en un extenso territorio. La escasez de recursos afectaba también el funcionamiento de los institutos militares, los que cerraban por largos periodos.

Las Guerra de la Confederación y la Guerra del Pacífico, ambas victoriosas, dieron gran impulso al desarrollo militar chileno. La primera mejoró el prestigio del Ejército y consolidó la figura del roto chileno como buen combatiente; la segunda, generó una percepción mundial de que Chile era una potencia militar altamente eficiente. La verdad, como se ha comentado, no era esa y, al revés, el conflicto había desnudado grandes deficiencias. No podría achacarse estas a una mala influencia francesa. Los recursos humanos y económicos para construir los sistemas militares franceses estaban muy lejos de ser suficientes. La guerra no fue enfrentada por un ejército profesional, ni cerca de ello;

fue efectuada por un ejército movilizad y entrenad sobre la marcha con carencias evidentes; de allí entonces el proceso que siguió fue muy importante para el devenir del Ejército.

La influencia alemana —o prusiana, acepción que es más correcta— generó una verdadera revolución en las formas y también de alguna manera en el fondo. La implementación de los cambios que generó estuvo a cargo de una generación de oficiales jóvenes que fueron a especializarse a Alemania. De cada cuatro oficiales en esa época uno había estado en curso en dicho país. Es pertinente señalar que las reformas, que ya se han mencionado, en algunos casos fueron incluso más allá de lo que lo habían sugerido sus promotores. Hubo quizás mucha ilusión, una suerte de mesianismo muy avasallador y contundente. Los generales veteranos de la revolución de 1891 provenían, la mayoría, del mundo civil, ya que los oficiales del ejército de línea habían sido exonerados después de ésta. Esos nuevos jefes no tenían la preparación que ostentaban los capitanes y, por lo tanto, su capacidad de argumentación era bastante escasa.

La disciplina se hizo más rígida, como asimismo las formalidades militares fueron más estrictas. Se aprendió de los prusianos que las órdenes, tuertas o derechas, debían cumplirse. Estas, cuando se recibían, debían repetirse, y la energía en las formas tapaba todo. Hubo una excesiva preocupación por los uniformes y las formas militares, lo que hizo que se utilizaran tiempos excesivos en la preparación de desfiles y revistas de ejercicios de escuela, en detrimento del entrenamiento real de las fuerzas.

Quizás el aspecto más preocupante fue que se había soñado un gran ejército, pero en la realidad era solo el esqueleto, el que no se podía completar. Se tenían las ideas, los planes, pero no los medios humanos y materiales. Así y todo, las presentaciones que se hacían eran impresionantes y generaban los efectos que se pretendían. En lo teórico el salto fue grande, especialmente por las modificaciones de los planes de estudios en las academias y escuelas. Se estaba muy al día en los conocimientos en general, pero, a la hora de la práctica, empezaban las dificultades. Nuevamente había problemas de presupuesto, también por el empleo del ejército en contra del bandolerismo y, en algunos casos, para garantizar la seguridad pública. Sin embargo, el ejército fue más profesional, su aspecto exterior, en cuanto a formas y uniformes, los hizo lucir más ante la sociedad. Los nuevos contenidos y la rigurosidad de los cursos dieron a los militares más seguridad en sí mismos y les hicieron sentirse parte de la elite de la sociedad. Entendieron, de las enseñanzas prusianas, que sin ejército no había Estado. A lo anterior se agregó una mayor programación en las actividades de cuartel y se crearon los casinos militares en los que se exigía rígido protocolo de comportamiento, inculcado por los instructores alemanes. Lo prusiano en Chile no dio los resultados que sí logró en Japón a principios del siglo XX, la razón es que lo propuesto por los alemanes se hizo a medias. Pese a todo, siguió siendo un instrumento disuasivo importante ante las complejidades internacionales.

Por su parte, la influencia estadounidense se hizo sentir fuertemente y generó en algunas materias un verdadero cambio de paradigma. Muchos oficiales y suboficiales resintieron el cambio, consideraban que la antigua manera de hacer las cosas era mucho mejor. Se argüía que el nuevo sistema de instrucción de alguna manera afectaba la disciplina, ya que se entregaba muchas responsabilidades a los suboficiales. El éxito de Estados Unidos y de sus líderes militares durante la Segunda Guerra Mundial entró en competencia con el favoritismo que se tenía de los líderes militares alemanes. La derrota alemana hizo más atractivo lo que venía del país del norte, acompañado con el concepto del “sueño americano”, que traían de vuelta los oficiales y clases que viajaban a cursos en Panamá y en los fuertes de Norteamérica. La Guerra de Vietnam, seguida desde Chile, y el impacto que ella tuvo en el ejército norteamericano, también generaron efectos en la percepción que se tenía

del modelo. Se observó cuán frágil podía ser la moral de un ejército sometido a una guerra tan particular como esa. Los oficiales y clases que viajaban a Panamá, lugar donde se preparaban las fuerzas para concurrir al sudeste asiático, verificaron con claridad las dificultades que se tenían para hacer más popular la guerra. Sin embargo, en Chile se soñaba con tener los medios modernos que poseía el ejército norteamericano, no solo en material de guerra, sino fundamentalmente en cuanto a los recursos para el mantenimiento y entrenamiento de las fuerzas.

Así, el Ejército seguía avanzando en su desarrollo. El abrupto corte de la asistencia militar norteamericana generó un gran desafío que significó explorar nuevas alternativas —las que se han comentado y que han generado influencia hasta hoy—. Estas últimas han sido bastante diferentes a las reseñadas al principio, ya que encontraron un país más maduro, con más experiencia, que en el fondo estaba desarrollando su propio modelo de hacer las cosas. La experiencia extranjera, por supuesto que servía y potenciaba el desarrollo. Sin embargo, la peculiar geografía y la situación político estratégica del país exigía respuestas, y solo algunas podían encontrarse en los contenidos de los modelos que se habían consultado y adoptado. Se agregaba a lo anterior desafíos nuevos, como los que planteaba la globalización y la cada vez mayor participación militar del país en empresas internacionales.

En síntesis, la influencia militar extranjera ha sido de gran importancia para el desarrollo y crecimiento del Ejército de Chile. Su resultado podría decirse que es un modelo chileno de hacer las cosas. Dicho modelo se construye mediante un proceso dinámico, pero con bases muy sólidas, las que no pueden transarse. Ellas están establecidas desde siempre en la Constitución Política y en las Ordenanzas militares que, en lo permanente, tienen a la disciplina como factor fundamental. Los efectos de las distintas influencias han dejado una huella indeleble en el ser del Ejército de hoy. Los efectos en algunos casos fueron muy positivos y en otros no tanto. Podría decirse que el cambio más profundo se generó con el modelo prusiano, ya que muchas de sus variables pueden advertirse hasta hoy.

La gran tarea del Ejército de Chile sigue siendo hoy y en el futuro la defensa del país, lo que implica un alto grado de preparación. La forma de hacer la guerra ha cambiado profundamente, lo que obliga a permanecer siempre alerta a lo que sucede. De esta manera, la influencia extranjera continuará en el Ejército de Chile y esta será positiva en la medida que se sepa elegir adecuadamente el modelo o parte de él que ayude a la institución a cumplir eficientemente sus objetivos. Lo anterior teniendo siempre presente las peculiaridades de nuestra cultura y particular geografía.

BIBLIOGRAFÍA

1. Ahumada, P. (1982). *Guerra del Pacífico, 8 tomos*. Santiago de Chile: Andrés Bello.
2. Arriagada Aljaro, E. (2015). *Las peripecias de un Grupo de Oficiales Chilenos en Francia*. Anuario Academia de Historia Militar, (29), 133–176.
3. Barceló Lira, J. M. (1935). *La evolución del Ejército chileno desde la ocupación del territorio araucano hasta nuestros días*. Memorial del Ejército, 199–218.
4. Barros Ortiz T. (1988). *Recogiendo los Pasos, testigo militar y político del Siglo XX*. Santiago de Chile; Editorial Planeta Chilena.
5. Blakemore, H. (1965). *The Chilean revolution of 1891 and its historiography*. HAHR (August), 393–421.
6. Bulnes, G. (1979). *Guerra del Pacífico. 1911a–1919a* ed. Santiago de Chile: Del Pacífico.
7. Carvajal, A. (1916). *La Reforma de la Ordenanza general del Ejército según la organización moderna*. Memorial del Ejército mayo, 313-330.
8. Díaz, Francisco J. (1925). *La Instrucción alemana en Chile*. El Mercurio, 12 de octubre, Santiago.
9. Errázuriz, L. (1923). *La Llamada Movilización de 1920*. Santiago de Chile: Escuela tip. Gratitude Nacional.
10. Estado Mayor General del Ejército. (1983). *Historia del Ejército de Chile, vol. IX*. Santiago de Chile: IGM.
11. Montero, R. (1952). *La verdad sobre Ibáñez*. Santiago de Chile: Zig-Zag.
12. Prats González, C. (1985). *Memorias, el testimonio de un soldado*. Santiago de Chile: Pehuén.
13. Rodríguez Mendoza, E. (1938). *El Golpe de Estado de 1924*. Santiago de Chile: Ercilla.
14. Sáez Morales, C. (1933). *Recuerdos de un soldado*. Santiago de Chile: Ercilla.
15. Sater, W. (2007). *Andean tragedy*. United States: Nebraska University.
16. Sotomayor Valdés, R. (1901). *Portales 1793-1837. Juicios Históricos*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
17. Vial, G. (2009). *Cinco siglos de Historia, vol. II*. Santiago de Chile: Zig-Zag.